

JOSEPH CONRAD

CUENTOS SELECTOS

Selección y prólogo de Miguel Vitagliano

Traducción de Martín Schifino



Índice

Prólogo de Miguel Vitagliano	9
El príncipe Roman	23
La laguna	50
Una avanzada del progreso	68
La bestia	100
Mañana	127
El relato	161
El duelo	183

Prólogo

A pocos días del nacimiento de Conrad, en diciembre de 1857, su padre, Apollo Korzeniowski, hombre de letras y militante de la causa polaca, le compuso un poema: “Hijo mío, pequeño, / dite a ti mismo:/ Estás sin tierra, sin amor, / sin patria y sin pueblo, / mientras Polonia, tu Madre, / esté en su tumba”. Una pesada carga para quien iniciaba un largo viaje: “Tu único amor debe ser entonces el dolor, / y tu única patria, / la fosa”. Es más, en el bautismo, a los nombres de sus dos abuelos, Josef y Teodor, agregó otro, Konrad, en honor al héroe romántico de la literatura nacional que se enfrentaba al poder opresor.

Cuatro años después, en 1862, Apollo fue condenado por revolucionario al destierro en el norte de Rusia, llevando consigo a su esposa Ewe y al hijo. El primer escrito que se conoce de Conrad pertenece a ese año, un saludo a su abuela materna escrito en el reverso de una foto en la que posaba para ella: “A mi querida abuelita que me envió pasteles para mi papá en prisión. De su nieto, polaco, católico y aristócrata. Konrad”. El frío en la modesta casa de madera y las restricciones de la vigilancia agravaron la frágil salud de Ewe. Y aunque las autoridades accedieron a trasladarlos a Chernígov (actual Ucrania), la tuberculosis terminó con ella. Conrad, que aún no había cumplido 8 años,

vio caer a su padre en una depresión que ya no pudo superar. La enfermedad también acabó con Apollo que, en sus últimos días y ante el desconcierto del hijo, hacía esfuerzos para quemar sus papeles y no dejar ni uno ajeno a las cenizas. Con doce años, Conrad quedó bajo la tutela de su tío Tadeusz Bobrowski, hermano de su madre.

Atento a la inestabilidad de su salud, sin alcanzar a reconocer hasta qué punto las muestras de desgano no serían herencia de la rebeldía del padre, el tío optó por equilibrar el cuidado y la disciplina en su trato. Incluso en lo referido al dinero mensual que le daba, producto de las tierras de la familia administradas por Tadeusz. Demasiado desorden y noches interminables. Por eso, cuando Conrad le planteó, a sus 17 años, que quería cruzar el Atlántico como marinero, exigió encargarse de elegir el barco y que viajara solo como pasajero. El barco fue el Mont Blanc, un velero francés para evitarle problemas de comunicación en la travesía, que zarpó de Marsella rumbo al Caribe. Al año siguiente, Conrad repitió el viaje en el mismo barco, pero como grumete. Regresó sin dinero y con deudas —¿un fallido negocio de contrabando?, ¿apuestas?, ¿un robo?—, obligando a su tío a viajar desde Polonia a Marsella para socorrerlo. Ese fue el comienzo de la vida marinera de Conrad, que se extendió durante veinte años, hasta 1894, cuando terminó de escribir su primera novela, *La locura de Almayer*. Quién sabe qué fue lo ocurrido en el Mont Blanc que lo devolvió a Marsella en medio de una crisis en la que intentó suicidarse. De lo que no hay dudas es que en el agua se inventó una tierra y que la recorrió en dieciocho barcos hablando una lengua que aprendió como tripulante, el inglés, para convertirse en el escritor Joseph Conrad.

Sobre la situación polaca escribió en su breve memoria, *Crónica personal* (1912). Más páginas le dedicó al Imperio ruso;

artículos y novelas que, a veces, de modo indirecto, retornaban al nudo de la trama nacional. Pero ninguna novela compuso sobre el pasado familiar de su infancia. Sí le dedicó un relato breve, “El príncipe Roman”, publicado en 1911. En esas páginas transfiguró al niño que fue y a su tío Tadeusz, y también iluminó la imagen del padre con el reflejo del príncipe Roman, un personaje histórico de Polonia. El aristócrata militar Roman Sanguszko (1800-1881) se sumó a la insurrección independentista de Noviembre de 1830 con un nombre falso para evitar las represalias a sus familiares. Tras siete meses de combates fue capturado y, al revelarse su identidad, se negó a firmar la declaración que le proponían —que se unió al levantamiento, enajenado por la muerte de la esposa—, y anotó que había realizado cada una de sus acciones con absoluta consciencia y por amor a la patria. Fue enviado a prisión y luego confinado a Siberia durante veinticinco años. En el cuento, el príncipe Roman es ya un anciano sordo de visita en la casa de un amigo, donde un niño de ocho años, sobrino del anfitrión, intenta escuchar cuanto dicen y será quien de adulto narre la historia. Conrad hace un ajuste de cuentas con la propia memoria y con la historia, de manera secreta, acaso inadvertida para el lector de entonces. Más que un gesto íntimo era la convicción de cómo entendía su tarea de escritor.

La mayoría de los barcos en los que se desempeñó como marino fueron veleros, unos pocos fueron naves propulsadas a vapor. Esa innovación tecnológica no estaba ampliamente extendida por entonces. Lo nuevo traía consigo beneficios comerciales, barcos más veloces y seguros que transportaban más carga y requerían menos tripulantes. Pero, como lamentaba Conrad, la vida marinera se restringía con la velocidad de las travesías y el trabajo artesanal se acotaba. Ya no estaban las largas horas en

cubierta con los marineros acondicionando los cabos —“*to spin a yarn*”, hilar la sogá, se decía desde el XVIII— mientras compartían historias —“*yarning*”, hilando—. Fue a bordo del Vidar, que transportaba mercancías desde Singapur al resto del archipiélago malayo, cuando empezó a pergeñar, entre 1887 y 1888, lo que sería *La locura de Almayer*: un comerciante holandés afincado en la selva de Borneo, obsesionado por hallar una mítica mina de oro y así regresar rico a Europa, y desesperándose cada día más por Nina, su hija mestiza: ¿elegiría ella su sangre europea para acompañarlo o se decidiría malaya siguiendo a su enamorado? Conrad cargó con sus personajes también en el siguiente barco, el velero Otago, hasta que en 1889 arribó a Londres.

Fue la primera vez que residió en la ciudad sin estar pendiente del próximo embarque, solo quería escribir. Alquiló una habitación en una casa de familia y se concentró en la novela. A los seis meses, ya escaso de dinero y convencido de que la narración mantenía un buen rumbo, no desaprovechó el contrato que proponía la Compañía Belga en el Congo. Eran tres años al mando de un pequeño buque de ruedas por el río transportando marfil, agentes comerciales, soldados y porteadores nativos. Llevó consigo los primeros capítulos manuscritos con la idea de continuar el trabajo durante su estancia. Sin embargo, lo que encontró en el Congo solo pudo definirlo como un infierno. El Estado Libre del Congo promovido por el rey Leopoldo de Bélgica era una mascarada del progreso para ocultar el rostro de la más cruel explotación colonial. Apenas seis meses soportó esa realidad ominosa y regresó a Londres gravemente enfermo, y con el manuscrito intacto, pidiendo un nuevo auxilio a su tío. Recién cuatro años después terminó *La locura de Almayer*, a los 37 años, en mayo de 1894, y la dedicó a la memoria de su tío Tadeusz, muerto unos meses antes.

¿Terminaba una vida para que comenzara otra? Diez semanas después, recibió la respuesta de Edward Garnett, asesor de la editorial Fisher Unwin. Mostró un sincero entusiasmo por el manuscrito, pero trató de hacerle comprender a Conrad, un poco más en cada cita, que la publicación no sería inminente, que se lanzara a trabajar en la próxima novela y que escribiera cuentos para darse a conocer a través de las revistas. Porque los tiempos cambiaban aceleradamente, en los barcos como en tierra firme, todos corrían en la ciudad apremiados por el tiempo, nadie iba a dedicar días a leer una novela sin probar antes al autor con un relato breve. Conrad aceptó la sugerencia de su *mentor*, era la única persona que conocía en el medio de las letras. Comenzó a escribir *Un paria en las islas*, que publicó en 1896, al año de *La locura de Almayer*, y dos cuentos para acompañar la circulación de ambas novelas.

Fueron “La laguna” y “Una avanzada del progreso”, publicados en revistas en 1897, su primera incursión en el relato breve. El dato no debería opacar lo que lleva implícito: que no hubo antes intentos de explorar en la forma breve porque Conrad se concebía un novelista. Bien puede leerse “La laguna” como un capítulo emergido de sus dos novelas. Años más tarde diría que ese cuento cerraba su etapa malaya y que “Una avanzada del progreso” abría otra, la de su experiencia en el Congo.

El choque cultural persiste en ambos, aunque con matices y búsquedas de reacciones diferentes. El protagonista de “La laguna” es un malayo, Arsat, que vive en una casa sobre pilotes junto al claro de agua. La llegada de un viejo “compañero de armas” blanco, un Tuan, en busca de un lugar donde pernoctar, deja al descubierto lo que corroe el ánimo y la conciencia de Arsat: su mujer amada agoniza de fiebres desde hace días y sobre él pesa la culpa de haber traicionado a su hermano. Cae la tarde mientras

cuenta los pormenores de su pasado, y después también la noche en esa cercanía que une a los dos hombres, cada vez más *distantes* el uno del otro. Un irremediable desencuentro en la profunda intimidad. “Nada veo”, murmura Arsath refiriéndose al dolor, y el Tuan contesta “Nada hay”, antes de hacer señas hacia su embarcación.

En “Una avanzada del progreso” el tono es bien distinto. El relato es poderosamente irónico con los personajes europeos, Kayerts y Carrier, uno el jefe y el otro su segundo en la estación de la Compañía dedicada al comercio de marfil en el Congo. Inoperantes en cada tarea que realizan, son una combinación del Gordo y el Flaco con los personajes de *Bouvard y Pecuchet* de Flaubert. Ante cualquier problema buscan una posible solución en libros viejos, mientras su subordinado Makola, de Sierra Leona, siempre tiene una respuesta. Se hace llamar Henry Price para mimetizarse con el entorno occidental de la Compañía. Es un europeizado que habla inglés y francés, y maneja la contabilidad a la perfección. Sus jefes, en cambio, no logran hacer pie en la realidad que viven, y se van consumiendo en la locura. Necesitan la maquinaria social de la metrópoli para que les diga cómo actuar y qué pensar. Uno matará a otro y terminará ahorcándose de una cruz de madera. ¿Un adelanto en clave distinta de *El corazón de las tinieblas*? ¿Una señal del fracaso de la retórica colonial que justificaba “la avanzada” sobre África arguyendo llevar la cristiandad y el progreso?

Edward Garnett no había errado sobre los cambios en los hábitos de lectura y las políticas editoriales ante la proximidad del nuevo siglo. Las dos primeras novelas de Conrad fueron las únicas que llegaron a libro sin ser antes publicadas de manera serializada en las revistas. Ni siquiera *Lord Jim* ni *Nostromo* estuvieron exentas de recorrer ese camino. Conrad siguió a rajatabla

sus consejos, necesitaba construirse una nueva vida. Poco después de terminar el manuscrito de *La locura de Almayer* conoció a Jessie George, una joven mecanógrafa hija de un librero, y al año se casaron. Los había reunido un viejo amigo marino, dueño de un velero de recreo, Nellie, el mismo nombre del barco en el que aparece Marlowe en *El corazón de las tinieblas*. Conrad aún no tenía amigos en las letras, salvo Garnett, que pronto le presentó a Cunninghame Graham, quien a los días lo sorprendió con una carta elogiando “Una avanzada del progreso”. En su respuesta, Conrad dijo aquello que es una brújula en toda su obra, exigente en cuanto a lo que ofrece como a lo que demanda: “Un escritor solo escribe la mitad de un libro, la otra mitad la escribe el lector”. No tardó en encontrarse con nuevos amigos, como Madox Ford, o John Galsworthy, a quien conoció como pasajero del *Torrens* en 1893, cuando el Premio Nobel de 1932 aún no se dedicaba a escribir; empezaría a hacerlo impulsado por Conrad. Graham fue el padrino de su hijo mayor, Borys; Galsworthy, del segundo, John.

La frase de Conrad en la carta a Graham resulta particularmente significativa al considerar la técnica del relato enmarcado que pone en juego desde su primer relato, “La laguna”. El procedimiento de narrar una historia dentro de otra es habitual en sus relatos breves –varios de este volumen, por ejemplo– y en una de sus más grandes novelas, *Lord Jim*. Podría pensarse que mediante esa técnica buscaba recrear la situación en la que los marineros se contaban historias mientras preparaban los cabos, pero eso sería atendible solo en algunos casos. Como en “La bestia”, donde un grupo de marinos en una taberna cuentan historias sobre un barco que parece tener vida propia, el *Familia Apse* (*Apse Family*). Sin embargo, el efecto decisivo que buscaba Conrad parecería ser otro. No le

bastaba con recrear un verosímil, quería mostrar, a través de la distancia que imponía esa suerte de cajas chinas, lo inasible de la verdad. Y consecutivamente, dejar en claro que la elección de una verdad es un acto de decisión moral del personaje, y del lector en *la mitad que escribe*. En “El príncipe Roman” destaca la distancia con la realidad histórica para poner en paridad esa verdad con el recuerdo privado y lo que cuenta la tradición popular acerca del príncipe. Y así, redimir ese pasado y convertirlo en una causa viva. Arsat, en “La laguna”, cuenta la historia de la traición a su hermano a lo largo de la noche y hasta la salida del sol y, ya muerta Diamelen, elige lo que es un acto moral sobre la verdad: “No comeré ni dormiré en esta casa... Éramos hijos de la misma madre... Dentro de poco veré lo bastante claro para golpear... para golpear”.

Solo dos cuentos de este volumen hacen foco en la cuestión marinera. Son elegías sobre la transición tecnológica del oficio, “Mañana” (1901) y “La bestia” (1906). Escenifican de manera complementaria el fin de una era ante el avance de las máquinas. El viejo capitán Hagebard vive anclado fuera del tiempo, lo posterga todo hasta el regreso de su hijo que huyó de él y se hizo al mar. Ya ni siquiera lo busca, solo le repite a su vecina Bessie Carvil, una mujer maltratada que cuida a su padre ciego, un constructor de botes ya retirado, que el hijo llegará mañana y todo será diferente. Es uno de esos típicos personajes de Conrad que dan vueltas alrededor de una obsesión que los devora. ¿Qué sucedería si el hijo realmente llegara? Acaso obligaría al capitán a ponerse al día, literalmente, con sus promesas, o no, pero eso también sería un acto de decisión moral. Bessie a veces se pregunta si ese hijo realmente existe.

En “La bestia” ya no son los marinos quienes están en el centro, es un velero de tres mástiles, el Familia Apse: “No había

en esos barcos nada de esta novelería de aparatos para ahorrar trabajo como ahora se estila; sino muchos marineros y mucha carne salada y mucha gallera a bordo, y a luchar con el mar”. Pero entre todos los barcos, el Familia Apse tenía –dicen los marineros– vida propia. En cada travesía decidía si matar, perdonar o si, al menos, dejar su marca en algún accidente. Esto debería entenderse menos como una fetichización de los objetos que como la muestra de que la energía del trabajo se expande más allá de la voluntad. Somos lo que hacemos, pero lo que hacemos escapa a nuestro control. Podría tomarse como un principio de Conrad sobre sus escritos: una poderosa obra viva siempre abierta.

Al comienzo del relato, el personaje que ingresa a la taberna y oye a los marinos en su *yarning*, cree que están contando barbaridades de una mujer, y lo mismo podría pensar el lector; Conrad echa mano a lo que le permite la lengua, en inglés barco es *she/her*. En ese juego retórico con la ambigüedad se ponen en evidencia los diez años desde la primera publicación en una revista: ahora el autor trata de capturar la atención del público con esa mirilla que incita la curiosidad *voyeur*. El Familia Apse nada tiene que ver con eso, es un monstruo de trabajo enfrentado al mundo de las máquinas. En la era eduardiana (1901-1910) irrumpen nuevas energías como la electricidad y el petróleo que desplazan al carbón y al vapor, y máquinas de todo tipo que no dejan de desconcertar (desde los autos y el avión a las bombitas eléctricas de las casas), y la velocidad en las comunicaciones, en la ciudad, en las relaciones interpersonales. Conrad contestó a tanta modernización que traía aparejada la expansión capitalista neocolonial con *Nostromo* (1904), una novela sobre la creación del Canal en Panamá y la intromisión estadounidense en la política de la región. En la novela, el Canal es una mina

de plata en Costaguana, en la provincia de Sulaco, que busca independizarse.

Es la primera gran novela sobre América Latina y la temática que aborda es contemporánea a su escritura. Por eso Conrad no quiso detenerse en la corrección cuando iba a publicarse en libro; hizo pocos cambios de la versión serializada de ese mismo año. Intuía que en *Nostromo* estaban las señales del fin de una época y el inicio de la siguiente. La novela corta *El duelo* (1908) forma parte de esa intuición. Si en *Nostromo* las luchas independentistas de Sulaco son manipuladas por intereses políticos ajenos —algo que Conrad conocía y temía desde la infancia—, en *El duelo* se muestra elpreciado sentido del honor convertido en una cáscara vacía, a través de los duelos que libran entre sí dos militares franceses a lo largo de dieciséis años a causa de una estúpida afrenta. En contraste con *Nostromo*, que aborda sucesos contemporáneos, *El duelo* se concentra en el período napoleónico del 1800 a 1816. Es decir, el principio de la época que Conrad avizoraba que estaba por finalizar.

Aun así, Conrad no vaciló en aceptar la invitación de un político polaco para visitar la tierra de su infancia. Ni siquiera cuando, en medio de los preparativos para el viaje, se conoció la noticia del asesinato del archiduque Francisco Fernando, heredero al trono de Austria-Hungría. Estaba ciego en la idea de que Jessie y sus hijos, Borys, de 16, y John, de 7, conocerían sus raíces polacas. A poco de llegar a Cracovia (entonces parte del Imperio austrohúngaro), hubo un hecho de lo más inesperado. Había ido a visitar la universidad acompañado por Borys, mientras Jessie paseaba con el hijo menor por la ciudad. Enterado de que el escritor estaba de visita, el bibliotecario pidió unos minutos para conversar a solas. Quería mostrarle unos documentos de su familia. Conrad y su hijo lo siguieron por las escaleras y, una vez

que ingresaron a la biblioteca, el hombre puso por delante una caja. Conrad tuvo que sostenerse de Borys para no desvanecerse. ¿Podrían ser cartas de su padre, aunque él recordaba bien que Apollo lo había quemado todo? Eran cartas donadas por el destinatario. Las manos le temblaban, ni siquiera podía sostener las cartas. Necesitaba estar solo para leerlas, no quería que el hijo lo viera en medio de esa conmoción. Pidió si podía regresar al día siguiente, y el hombre dejó la caja a un costado a su espera. En el hotel, a primeras horas de la mañana, fue a verlo un enviado de su anfitrión para anunciarle que debían abandonar la ciudad cuanto antes. Habían comenzado las movilizaciones para la guerra. Conrad y su familia tardaron un mes en regresar a Londres; el viaje de ida apenas había sido de tres días.

La propaganda de guerra inundó pronto las calles. Conrad no logró evitar que Borys se presentara como voluntario en 1915, a sus 17 años. Consiguió, eso sí, que no se alistara en la infantería donde las bajas eran cuantiosas y que ingresara como oficial en Transporte Mecánico del Cuerpo de Servicios del Ejército, así al menos estaría menos expuesto. Graham utilizó sus contactos para que lo incorporaran. Tenía 62 años y no había sido admitido como soldado, aunque tuvo a cargo la comisión que vino al Río del Plata, una región que conocía bien, a buscar caballos para el frente de batalla. Cuando el hijo partió hacia Francia, Conrad comenzó a escribir, entre las intermitencias de sus enfermedades, *La línea de sombra* (1917), con una dedicatoria que no suele estar en ediciones posteriores: “A Borys, y a todos los demás que, al igual que él, han cruzado en su temprana edad la línea de sombra de su generación. Con amor”. Y aceptó, a sus 58 años, la propuesta que le extendió el Almirantazgo como hombre de letras y como marino, de escribir textos de “propaganda” y realizar misiones secretas en los Buques Q (*Q Ship*).

Escribió unos pocos artículos y crónicas, pero solo un relato breve, “El cuento” (1917). Un relato enmarcado en el que alguien cuenta lo que no debería contar a alguien que no quiere escuchar: una metáfora perfecta de la circulación de la verdad en tiempos de guerra, o la visión más conradiana de lo que arrastra consigo el acto de escribir.

El otro encargo al que se había comprometido tenía algo de rara nostalgia. La misión en un Buque Q fue su retorno a su oficio de marino por última vez, a bordo del Ready. El barco era originalmente un bergantín de tres mástiles, el *camouflage* perfecto para un Buque Q, un buque fantasma que ocultaba cuatro cañones navales para tomar por sorpresa a las naves enemigas. Una estrategia para hundir los submarinos alemanes (*U-Boots*) que se escondían en el Mar del Norte. Porque para evitar el gasto de un torpedo en un barco mercante —como el que aparentaba ser el Ready— los submarinos preferían salir a la superficie y utilizar el cañón de cubierta que era menos costoso. Advertido de esa modalidad, el Almirantazgo ideó la treta de los buques fantasmas. Difícil resulta abstenerse del contraste: barcos que en su interior contienen otro barco y el escritor que solía contar historias dentro de otras historias.

Hasta donde sabemos, en los tres meses que Conrad navegó en el Ready no hubo enfrentamientos con submarinos. Sin duda que “El cuento” se lee sobre esa superficie, aunque es una pieza perfecta que echa raíces en el fondo más conradiano. La decisión moral de elegir qué es lo justo y qué es verdadero. La conciencia y la culpa. La narración transcurre en la noche, en la sala grande de una casa en penumbras. Apenas se llega a ver el botón dorado del uniforme de un hombre que ha vuelto a su casa con cinco días de permiso, y que no quiere hablar. La mujer pide que le cuente una historia como solía hacer antes de

la guerra. Una historia cómica, dice. Y él responde con desgano que lo cómico depende del ángulo desde el que se miren las cosas. Pero ella insiste, y él suelta irónico, como si tirara de un hilo, lo que no debe contar. Que había una vez un Comandante y un Hombre del Norte en un barco. Y enseguida no puede detenerse.

El hijo de Conrad regresó del frente en 1918 con una profunda crisis nerviosa. Ya no pudieron hablar, ni Conrad supo encontrar la forma de cómo hacerlo hasta su último día, a los 66 años, en 1924.

Miguel Vitagliano